



**UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO**

SECRETARÍA DE SERVICIOS ACADÉMICOS

Antología de Poemas Concurso Universitario de Declamación Cívica 2016

Semana de Juárez

Dirección de Difusión Cultural

Antología de Poemas
Concurso Universitario de
Declamación Cívica 2016
Semana de Juárez

CONTENIDO

ODA A JUÁREZ (fragmento)

Félix F. Palavicini 5

PRESENCIA DE JUÁREZ EN LA PATRIA

Agenor González Valencia 9

TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR A MRELOS (fragmento)

Carlos Pellicer 12

LA SUAVE PATRIA

Ramón López Velarde 15

HIMNO NACIONAL MEXICANO

Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó 20

ODA A LA PATRIA - 5 DE MAYO DE 1862

Manuel M. Flores 24

LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES

José Santos Chocano 29

¡A LAS ARMAS!

Manuel M. Flores 32

CINCO DE MAYO (FRAGMENTO)

Manuel Acuña 35

"LEYENDA DE LOS VOLCANES" (fragmento)

Rafael López 38

ODA A JUÁREZ

(fragmento)

Félix F. Palavicini

¡No es a llorar a lo que el pueblo viene
ante este semidios, genio esplendente!
que en forma de cadáver está ausente.

Este pueblo magnánimo que tiene:
Patriótico furor republicano
no trata de gemir ante la ausencia
de un hombre ilustre que murió gigante
cual Íclito espartano;
de un sabio luchador, por cuya ciencia
pudo decir Anáhuac ¡Adelante!
y seguir por la senda de la gloria,
al solio de la paz y la bonanza,
y en el campo grandioso de la historia
tomar el puesto que su nombre alcanza.

A Juárez no se llora, se venera,
Se le ama, es inmortal, vive en el pecho
De todo mexicano agradecido
Que por lema tuviera:
La razón, la justicia y el derecho.

¿No habéis visto nacer en el oriente
ese luminoso sol de primavera
de llama incandescente
que con purpúrico fuego reverbera?
¿Le habéis visto subir resplandeciente
y en el zenit brillante culminar,
y perderse después en occidente
con fúlgido y rojizo luminar?

Pues bien, ese trabajo no fue vano
Le dio calor y vida al organismo,
savia a la planta, madurez al grano
y luz al tenebroso oscurantismo.
Así inició el gigante,
así el titán brilló
así lavó su aurora culminante
llegó al zenit y al fin desapareció.
Mas su tremenda lucha no fue vana
vivificó con luz la inteligencia
le dio vigor a la razón humana
y gravó la verdad en la conciencia...
...y recordar es justo
cuando se canta al héroe deslumbrante
que aniquiló al farsante
y a los alumnos de Pinecusio
que fue la juventud la que primera
tomó las armas y formóse fuerte.
La que pagó altanera
Su saña y bravura con la muerte
y murieron también los soñadores.

¡Indio Juárez! Bienhechor de América
yo sé mis cantares no desdeñas
democrático rey del nuevo mundo
Hijo de Ixtlán, tu enseñas
a luchar como luchan los patriotas
después de mil derrotas
enderezas altiva tu cabeza
y no hay ni rey, ni majestad, ni alteza,
que se atreva a mirarte frente a frente
tu impávido coraje es elocuente.

Podrán la tempestad horrorizando
con rugidos, con truenos y centellas
asustar al piloto acobardado;
pero nunca a Colón...

El buen vate que canta a las estrellas,
temblará junto al bardo desterrado
de heroico corazón,
de esos poetas que arredran al verdugo
que espantan al traidor;
de esos genios así, cual Víctor Hugo,
de numen y valor;
esos son los que admiran tu grandeza
que conocen tus hechos colosales;
no el servilismo infiel y la bajeza
de ignorantes y oscuros clericales.

Pueblo de Anáhuac atrevido y fiero
indómito guerrero,
si pudieses de Píndaro y Romero
pulsar la lira de oro,
de mis cantos épicos trajera,
la ofrenda más hermosa,
y en ellos te dijera:
que la enseña patriótica, gloriosa,
ondeando en el zenit republicano
puede dar en loor
de ese valiente sabio que por norma
llevó siempre el deber
y sostuvo con su alma y su saber,
las sacrosantas leyes de "Reforma"

Dicen, valiente pueblo que dormido
yaces sobre la tierra, aletargado.
Y más tarde dirán que estás vencido
si no sabes cumplir lo que has jurado
si duermes, preciso es que despiertes
y que vivas alerta
porque viéndote débil, se hacen fuertes
los traidores y vienen a tu puerta
para robar tu fama y tus laureles

para infamar tu nombre bendecido
para insultar a los que fueron fieles
a ese titán dormido;
mas no importa, tu fuerza prepotente
aumentó reposando
y puedes levantar tu altiva frente
al mundo presentando:
Los modernos soldados de la idea
los nuevos defensores de tus lares,
pues saldrán de los campos de pelea:
Otro Zarco, otro Lerdo, y otros "Juárez".

PRESENCIA DE JUÁREZ EN LA PATRIA

Agenor González Valencia

I

Era un carrizo musical la aurora.
Una nota morena era la raza.
Eran los ojos del nativo origen
que iban hollando las plantas del silencio.
La noche zapoteca entre dialectos
parió la luz que iluminó este suelo.
Una hermosa semilla sufriendo
entre huaraches y la piel del pueblo
olorosa a rebaños fue creciendo.
Y llegó la edad de la memoria.
Ovejas de pavor se humedecieron
cuando entre islotes de impaciencia, vieron
viajar al carrizal de la inocencia.

II

Ambuló mi pensamiento hasta las ruinas
que se acomodan en Teotitlán
y en un vaso moldeado por el tacto
descendió mi conciencia al reino mineral.
De las piedras salieron los rostros de los hombres
que una joven cultura vinieron a dictar.
Llevaban el espíritu del tigre
envuelto en tradiciones y pintura mural.
(El sol con su figura guacamaya
borró la oscuridad.
Dejó en aquella parte del planeta
su presencia solar)

III

Irrumpió la primavera sonrosada,
arrancando su fuerza de la sierra de Ixtlán.
Vino a expender sus frutos desde Oaxaca
y a exhibir la cerámica de Monte Albán.
(La tarde gris de la primera tarde
puso cuatro peldaños a regia ofrenda piramidal)

IV

¡Ah! la Primavera Mexicana
que se inicia con Juárez para nunca acabar.
Tiende sus alas recias y tutelares,
allende el mar.
Tiende su ley de bronce -toga y balanza-,
sonoramente vegetal.
Y abre montañas y cordilleras cantando:
y abre montañas y cordilleras cantando
¡América!,
con su carrizo musical.
(Desde la cumbre del Cempoaltépetl
el fuego de una raza
comenzó por arder)

V

Miré la adolescencia tristemente olvidada
en medio de su medio natural.
Sentí más cerca la presencia de Juárez
y del barro, el comienzo racional.
¡Ah! la encantada arcilla que allá en Guelatao
al agua silenciosa le dobla las rodillas.
Todo lo que humedece desde el sol a la luna
en el sencillo encanto ingenuamente provincial,
convertido en laguna primaveral.

VI

Huérfano de alfabeto crece el árbol silvestre
que a todos maravilla.
Y en su mirar concreto,
se va impregnando el pueblo del idioma Castilla.
Transpira vida su noble arquitectura
en la selva del tiempo que le tocó vivir.
A golpe de inquietudes florece la cultura
y al corazón conmueve la gran luz por venir.

VII

De norte a sur, del este al oeste,
el pueblo soportaba
sus torres de marfil.

Catedrales de diezmos levantaba
y templos de maíz.

Como ceibo viril, descortezado,
hambriento de igualdad y de justicia,
desnudo como el pie del campesino
esperaba su luz el pueblo mexicano.

De encomiendas, a criollos,
iba acumulando:
sus trojes de dolor
esclavizado,
su epidermis al látigo prendida,
los cereales que al alma germinaba,
la cuenta de doliente agricultura,
la sal, el catequismo y el rosario,
la sotana del cura, y del amo,
el santo escapulario.

VIII

Allí estaba la Patria:
Una joven mestiza con harapos,
exhibiendo su ropa desgarrada,
la espiga y el sudor,
la flor del cuello,
los surcos de la espalda,
el pulque y el tabaco,
la herencia de Cortés:
idioma abecedario,
la gota sifilítica
y el piojo castellano.

TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR A MORELOS

(fragmento)

Carlos Pellicer

1º

Imaginad:
una espada
en medio de un jardín.

Eso es Morelos

Imaginad:
una pedrada
sobre la alfombra de una triste fiesta.

Eso es Morelos

Imaginad:
una llamarada
en almacén logrado por avaricia y robo.

Eso es Morelos

Ya tengo las imágenes pero no las palabras.
Pero hay aceros, y piedras, y llamas.
Porque nada hay más hondamente hermoso
para el humano oído, que la palabra.
Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra
que a unos cuantos kilómetros nos miran:
La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina,
el huracán de piedra de Tepoztlán, que avanza,
esas gargantas que vociferan árboles,
esos peldaños a pájaros y lluvias
cuando pasa la noche de resonantes piedras
y el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.

Aún hay aceros. Y piedras. Y llamas.
Ésta es la hora de las palabras
terriblemente cristianas.
Las que hieren, las que arden, las que aplastan.
¡Ah! ¡Si yo pudiera arrojar mi corazón
y provocar una grieta en la montaña!
¡Hablar en piedra y escribir en llamas!
La espada silenciosa que abrió el cerrado pecho:
ni un corazón que surja: todo estaba desierto.
La zumbadora piedra que el cuerpo ha derrumbado:
era sólo una cáscara y polvo dentro de ella.
El siempre fuego que a la ciudad ardió:
halló sólo papeles, y el humo, no duró...
Éstas son las palabras terriblemente buenas,
palabras vivas, hechas de llamas sobre las piedras.
Grité ¡Morelos!, hace quince años desde las rocas de Tepoztlán
¡Olor a Cuautla! y entre palmeras hechas laureles
salté al abismo del heroísmo; grité ¡Morelos!
Y vi la tierra abajo desde el verde al azul.
Y unas botas sin ruido lo estremecieron todo
Y sudaba una frente su pañuelo de luz.
Grité ¡Morelos!, hace quince años en Acapulco.
y clamoroso mar me atropelló.
Una raya de verde movida en cuatro azules
espiral rumor blanco dentro de ella enrolló.
Y un trueno hizo caer el roble de los vientos.
Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
Y a un alto en mis arterías fue mi sangre a parar.
Bajar del monte, querer el mar.
Vivir con pocas palabras;
pero en cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho
acero, piedra, llama.
Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.,
Tu fuiste una espada de Cristo,
que alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu crueldad de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.

Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos.
Gloria a ti, mexicano y hombre continental.
Gloria a ti que empobreciste a los ricos
y te hiciste comer de los humildes,
procurador de Cristo en el Magníficat.
Gritar Morelos
es escuchar la Gloria y sentir el perdón.

LA SUAVE PATRIA

Ramón López Velarde

Yo que sólo canté de la exquisita
Partitura en íntimo decoro,
alzo la voz a la mitad del foro,
a la manera del tenor que imita
La gutural modulación del bajo,
Para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:
La patria es impecable y diamantina.

Suave patria: permite que te envuelva
en la más honda música de la selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

PRIMER ACTO

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el Palacio del Rey de Oros,
y tu cielo las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros de petróleo el diablo.

Sobre tu capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan las palomas colipavos,

Las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa
el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Tu barvo suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por la madrugada del terruño,
en las calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera,
Suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,
que en su lenguaje de amor prueben de ti
la picadura de ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el viático,
y al fin derrumba las madererías
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oiga en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco
a la hora actual con su vientre de coco,
y oigo en el brinco de tu ida y venida,
¡oh, trueno!, la ruleta de mi vida.

INTERMEDIO Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,
Único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal:
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de respuestas llena el victorial
Zócalo de ceniza de tus plantas.

No como a César el rubor patricio
cubre el rostro en medio del suplicio:
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente, de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, el azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la malinche, los ídolos a nado,

Y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

SEGUNDO ACTO

Suave Patria: tú vales por el río
de las virtudes de mujerío;
tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a una niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti mientras una mexicana
en tu tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,
En piso de metal, vives al día,
De milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,
Con tu misma grandeza y con tu igual
Estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,
Un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vencedora de chía:
Quiero raptarte en la cuaresma opaca,
Sobre un garañón, y con matraca,

Y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta
en una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta
dentro de ti, el cadáver hecho poma
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tu julio, a mí baja
desde el vergel de tu penado denso,
frescura de rebozo y de tinaja,
y si tirito, dejas que me arrope
en tu respiración azul de incienso.
Y en tus carnosos labios de rompopo.

Por tu balcón de palmas bendecidas
el Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima o tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, como en bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria Suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz, la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono
a la intemperie, cual una sonaja:
ila carretera alegórica de paja!

HIMNO NACIONAL MEXICANO

Francisco Gonzáles Bocanegra y Jaime Nunó.

Volemos al combate, a la venganza
y el que niegue su pecho a la esperanza
hunda en el polvo la cobarde frente.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra
el acero aprestad y el bridón,
y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón.

Ciñe íoh patria! Tus sienes de oliva
de la paz el arcángel divino,
que en el cielo tu eterno destino,
por el dedo de Dios se escribió;

Mas si osare un extraño enemigo,
profanar con su planta tu suelo,
piensa íoh patria querida! Que el cielo
un soldado en cada hijo te dio.

CORO

Mexicanos al grito de guerra, etc.

En sangrientos combates los viste
por tu amor palpitando sus senos,
arrostrar la metralla serenos,
y la muerte o la gloria buscar.

Si en el recuerdo de antiguas hazañas
de tus hijos inflama la mente,
los laureles del triunfo, tu frente
volverán inmortales a ornar.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Como al golpe de rayo la encima
se derrumba hasta el hondo torrente,
la discordia vencida, impotente,
a los pies del arcángel cayó:

ya no más de tus hijos la sangre
se derrame en contienda de hermanos
sólo encuentra el acero en tus manos
quien tu nombre sagrado insultó.

CORO

Mexicanos, al grito de guerras, etc.

Del guerrero inmortal de Zempoala
te defiende la espada terrible,
y sostiene su brazo invencible
tu sagrado pendón tricolor;

El será del feliz mexicano
en la paz y en la guerra el caudillo,
porque él supo sus armas de brillo
circundar en los campos de honor.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Guerra, guerra sin tregua al que intente
de la patria manchar los blasones!
¡Guerra, guerra! Los patrios pendones
en las olas de sangre empapad:

¡Guerra, guerra! En el monte, en el valle
los cañones horrísonos truenen,
Y los ecos sonoros resuenen
Con las voces de ¡Unión! ¡Libertad!

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Antes, patria, que inermes tus hijos
bajo el yugo su cuello dobleguen,
tus campiñas con sangre se rieguen,
sobre sangre se estampe su pie;

Y tus templos, palacios y torres
se derrumben con hórrido estruendo,
y tus ruinas existan diciendo:
de mil héroes la patria aquí fue.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Si a la lid contra hueste enemiga
nos convoca la trompa guerrera,
de Iturbide la sacra bandera
¡Mexicanos! Valientes seguid:

Y a los fieros bridones les sirvan
las vencidas enseñas de alfombra,
los laureles del triunfo den sombra
a al frente del bravo adalid.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Vuelva altivo a los patrios hogares
el guerrero a contar su victoria,
ostentando las plumas de gloria
que supiera en la lid conquistar:
Tornárense sus lauros sangrientos
en guirnaldas de mirtos y rosas,
que en el amor de las hijas y esposas
también sabe a los bravos premiar.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Y el que al golpe de ardiente metralla
de la patria en las aras sucumba,
obtendrá en recompensa una tumba
donde brille de gloria la luz:
y de igual la enseña querida
a su espada sangrienta enlazada,
de laurel inmortal coronada,
formará de su fosa la cruz.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Patria! ¡Patria! Tus hijos te juran
exhalar en tus aras su aliento,
si el clarín con su bélico acento,
los convoca a lidiar con valor:
¡Para ti las guirnaldas de oliva!
¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para ti de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

ODA A LA PATRIA 5 DE MAYO DE 1862

Manuel M. Flores

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
 esplendorosa de granito y nieve
 del excelso volcán, a donde raudo
 entre el fulgor de la celeste lumbre
tan sólo el cóndor a llegar se atreve;
 donde la nube se desgarró el seno
 para vibrar el rayo
y hacer rodar en el abismo el trueno.
Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa
 del cielo tropical y sobre el ara
 diamantina del Ande
El augusto pendón de la victoria,
que aún mereciera pedestal más grande
La enseña de la patria y de la gloria!

¡Oh santo nombre de la patria!... Escucha
 con tu prestigio inmenso
 esta mi audaz palabra, tan desnuda
de elocuencia y vigor; haz que vibrante
 al pie de tus altares se levante,
 y sea la nube del incienso
ante el ara de Dios-, haz que resuene
 potente, y en su vuelo
con tu renombre los espacios llene
y cubra el mundo y se levante el cielo!

Ayer –fugaz minuto que a la historia
 acaba de pasar en las serenas
y deslumbrantes alas de la Gloria-
 Ayer en la ignorada
cumbre de una colina que ceñía
 una cinta de frágiles almenas
 y pobre artillería,

El mexicano pabellón flotaba
bajo un cielo de brumas,
como en la frente del guerrero azteca
rico penacho de vistosas plumas.

De las brisas del trópico... crujía
mas no flotaba al beso voluptuoso
al soplo tempestuoso
de un huracán de muerte, y se tendía
su lona tricolor, como del iris
sobre la frente negra de los cielos
la diadema se ostenta
cuando huyendo flamígera sacude
su melena de rayos la tormenta!

Y era también un iris de esperanza
aquel sagrado pabellón erguido
ante el genio feroz de la matanza,
aquella enseña del derecho herido
alzándose terrible a la venganza,
allí del mundo de Colón los ojos
se fijaban severos, centellando
de impaciencia, de cólera y enojos.
A fuerza de reveses y derrotas.

Mas pisé yo la Patagonia playa
O ya escuché del Niágara el estruendo,
Y a los helados Alpes esté viendo
O contemplé el magnífico Himalaya:

Allá en la soledad ¡oh patria mía!
siempre estarás presente en mi memoria;
¿Cómo olvidar tu congojosa historia?

Antes del sauce nacerá la rosa,
¿Cómo olvidar tu llano y agonía?
Y crecerán las palmas en los mares,

Que me llegue a olvidar de mis hogares,
que te pueda olvidar, México hermoso.

¡Roma, patria de Curios y Catones!
Compadezco tu suerte lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
del norte los terribles batallones.

Los viles e insolentes pretorianos
desgarraron tus leyes con la espada,
la toga venerada fue pisada
mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infeliz! Sin Curios ni Catones,
ha sido tu destino lamentable:
leyes te dieron con sangriento sable
del norte los terribles batallones.

Tú también has sufrido mis tiranos
que pisaron las leyes y la toga,
y que apretaron con sangrienta soga
tu cuello tierno, y tus cansadas manos.
de esos titanes al tremendo empuje?...
¿Qué vas a ser?... vedlo ya...

Silba la bala, la metralla urge,
se avanzan con furor los batallones,
se chocan los guerreros,
se desgarran flotando los pendones,
crujen tintos en sangre los aceros,
tiembla la cumbre, tiembla la llanura
al estruendo mortal de la pelea,
y el humo y polvo en la tiniebla oscura
el cañón formidable centellea!

¡Terrible batallar! Potente rabia
de insensato furor ebrio de sangre;

Festín de la venganza
en que sólo resuena pavoroso
el salvaje rugir de la matanza;
en que fiera la vida
se escapa palpitante por la herida
del corazón indómito, que aún late
encendido en las iras del combate
instante de terror y de grandeza
en que el débil en bravo se convierte
y se hace león el corazón del fuerte,
y convulsa la vida se desgarrar
y se goza el horror y ríe la muerte!

¡terrible batallar! Golpe por golpe,
furor sobre furor, vida por vida
y sangra nada más... allí el renombre
del francés vencedor y su pericia
contra el derecho transformado en hombre
terribles las legiones,
cual de la mar las olas turbulentas
que flagela el furor de las tormentas
se encuentran y se chocan y se rompen
feroces y sangrientas!...

Y ¿es verdad?... ¿es verdad?... los invencibles,
los que cejar no pueden,
los tigres de Inkermann y Solferino,
aquí, blanca la faz, perdido el tino
y con miedo en el alma... retroceden?

¿En dónde está su incontrastable arrojo?
¿En dónde su furor armipotente?
¿De el llegar y vencer que suyo haría
inmóvil de terror el continente?
¿Las águilas francesas
no midieron, cruzando el océano,
cuánto eres, libertad, grande potente
bajo el inmenso cielo americano?...

soberbias te arrojaron sus legiones;
y viéndolas llegar, en tu mirada
las iras del ultraje centellaron!
El rayo de la muerte fulminaron;
relámpagos los golpes de tu espada
sangrienta charca abrióse tu pisada,
nada su rabia de leones pudo,
y ante tu fuerte escudo,
ellas... las invencibles... se estrellaron!

¡Y tres veces así!... del Guadalupe
quedaron las laderas
de pálidos cadáveres regadas,
y de francesa sangre
y sangre mexicana ¡ay! Empapada.
y cuando el sol de Anáhuac esplendente
bajaba al occidente
el ángel tutelar de la victoria
voló a arrancarle su postrero rayo,
bañó con él de México la frente
sellándola de gloria;
y con letras del sol CINCO DE MAYO
para los siglos escribió en la historia!

LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES

José Santos Chocano

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales...
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

¡No! ¡No han ido los guerreros solamente,
de corazas y penachos y tizones y estandartes,
los que hicieron la conquista
de las selvas y los Andes:
Los caballos andaluces, cuyos nervios
tienen chispa de la raza voladora de los árabes,
estamparon sus glorias herraduras
en los secos pedregales,
en los húmedos pantanos,
en los ríos resonantes,
en las nieves silenciosas,
en las pampas, en las sierras, en los bosques y en los valles.
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Un caballo fue el primero
en los tórridos manglares,
cuando el grupo de Balboa caminaba
despertando de las dormidas soledades,
que pronto dio el aviso
del Pacífico Océano, porque ráfagas de aire
al olfato le trajeron
las salinas humedades;
y el caballo de Quesada, que en la cumbre
se detuvo, viendo, al fondo de los valles,
el fustazo de un torrente
como el gesto de una cólera salvaje,
saludó con un relincho

La sabana interminable...
 y bajó, con fácil trote,
 los peldaños de los Andes,
 cual por unas milenarias escaleras
 que crujían bajo el golpe de los cascos musicales...
 ¡Los caballos eran fuertes!
 ¡Los caballos eran ágiles!
 ¿Y aquel otro de ancho tórax,
 que la testa pone en alto, cual querido ser más grande,
 en que Hernán Cortés un día
 caballero sobre estribos rutilantes,
 desde México hasta Honduras
 mide leguas y semanas, entre rocas y boscajes?
 ¡Es más digno de los lauros,
 que los potros que galopan en los cánticos triunfales
 con que Píndaro celebra las olímpicas disputas
 entre el vuelo de los carros y la fuga de los aires!
 Y es más digno todavía
 de las Odas inmortales,
 el caballo con que Soto diestramente
 y tejiendo cabriolas como él sabe,
 causa asombro, pone espanto, roba fuerzas
 y, entre coro de los indios, sin que nadie
 haga un gesto de reproche, llega al trono de Atahualpa
 y salpica con espumas las insignias imperiales...
 ¡Los caballos eran fuertes!
 ¡Los caballos eran ágiles!
 El caballo del beduino
 que se traga soledades;
 el caballo milagroso de San Jorge
 que tritura con sus cascos los dragones infernales;
 el del César en las Galias;
 el de Aníbal en los Alpes;
 el centauro de las clásicas leyendas,
 mitad potro, mitad hombre, que galopa sin cansarse
 y que sueña sin dormirse
 y que flechas los luceros y que corre más que el aire;
 todos tienen menos alma,

menos fuerza, menos sangre,
que los épicos caballos andaluces
en las tierras de la Atlántida salvaje,
soportando las fatigas
las espuelas y las hambres,
y entre el fleco de los anchos estandartes,
cual desfile de heroísmos coronados
bajo el peso de las férreas armaduras
con la gloria de Babieca y el dolor de Rocinante...
En mitad de los fragores decisivos del combate,
los caballos con sus pechos
arrollaban a los indios y seguían adelante;
y así, a veces, a los gritos de ¡Santiago!
Entre el humo y el fulgor de los metales,
se veía que pasaba, como un sueño,
el caballo del Apóstol a galope por los aires...
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Se diría una epopeya
de caballos singulares,
que a manera de hipogrifos desatados
o cual río que se cuelga de los Andes,
llegan todos,
empolvados, jadeantes,
de unas tierras nunca vistas
a otras tierras conquistables;
y, de súbito, espantados por un cuerno
que se hincha de huracanes,
dan nerviosos un relincho tan profundo
que parece que quisiera perpetuarse...
y, en las pampas sin confines,
ven las tristes lejanías, y remontan las edades,
y se sienten atraídos por los nuevos horizontes,
se aglomeran, piafan, soplan... y se pierden al escape:
detrás de ellos una nube,
que es la nube de la gloria, se levanta por los aires...
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

¡A LAS ARMAS!

Manuel M. Flores

No tenemos más rey que las leyes
 ¡no tenemos los libres señor!
 ¡Que con sangre se tiñe de reyes
 nuestro bello péndon tricolor!
¿Hasta cuándo en vil ocio, hasta cuándo
 Yaceréis, mexicanos, dormidos?
¿Hasta cuándo seréis, tan sufridos
 que se os pueda venir a insultar?
 ¡No de paz, no de fiestas y danzas
 Es esta hora que pasa tremenda...
Aquí mismo, en la patria, su tienda
 ha venido el francés a plantar!
 ¡A las armas! Oid cual resuenan
 de conquista los hurras salvajes...
¿Hasta cuándo vengáis los ultrajes?
 ¿Para cuándo queréis el valor?
 El que lleva en su pecho grabada
 de la patria la imagen querida,
 nunca piensa que juega la vida,
 sólo piensa que gana el honor.
Sólo piensa cuando entra en la lucha
 que el oprobio al cobarde le queda;
 sólo busca lugar en que pueda
 la ancha espada mortífera hundir.
Sólo sabe, ya tinto en su sangre,
 que morir por el niño, la anciana,
 la misión más sublime del hombre;
por la madre, la esposa, la hermana,
por su Dios y su hogar... ¡No es morir!
 ¡Es cumplir por la patria bendita
 es quizá bautizar con su nombre
 una página de oro triunfal;
 es vivir como vive la fama,
 es vivir como vive la gloria,
 es comprar a la excelsa victoria

el derecho de ser inmortal!

¡A las armas! El grito de guerra
como el trueno los ámbitos llene,
y del Gila al Grijalva resuene,
del pacífico al Golfo también
y cual llama de incendio que el soplo
de impetuoso arrebató,
como tromba que el rayo desata,
¡se desplome la guerra doquier!

¡A las armas! ¡Los montes, los valles,
las ciudades vomitan guerreros!...
¡Luz nos den en el día los aceros,
y en las noches alumbre el cañón!
y que corra la sangre agostando
flor y mies en la vasta campiña...
Cuando el agua de rojo se tiña
Ya podremos lavar el baldón.

¡No hay paz! El flamígero incendio
Del combate la atmósfera abraza;
¡cada pecho que el hierro traspase
multiplique en los otros la fe!
Y no quede un pedazo de tierra
que no moje la sangre enemiga...
Si es preciso no quede quien diga
de nosotros: ¡La patria aquí fue!...

¡Sí! ... primero, primero se tornen
las ciudades en mudos desiertos,
y los campos se cubran de muertos,
y la patria parezca en luchar
que sumisos a un amo extranjero
ofrecer nuestra carne a su vara,
de vergüenza taparnos la cara
y cual pobres mujeres llorar!...

Nuestro sol es sol de los libres,
nuestro suelo es un suelo de brazos;
pero si hay traidores... ¡maldígalos Dios!
El traidor no es hermano... Va sólo,
es Caín vagabundo y poscrito;
Dios escribe en su frente: ¡maldito!
Y sus hijos le ven con honor.

¡Oh mi patria! En su tiempo la lucha
sin piedad a tus hijos diezmaba;
sangre propia tu seno chorreaba,
sangre extraña tu espada también,
¡es un tiempo, con mano terrible
la melena real sacudiste
del ibero león, y le oíste
ya vencido rugir a tus pies!...
¿Cómo es que hoy a tu frente divina
el baldón por el galo escape?
¿Quién de Puebla arrasó el Guadalupe?
¿Quién el sol de tu Mayo apagó?
¡A las armas! Doquier el incendio
de la guerra de tus campos alumbre.
Y retiemblen la costa y la cumbre
al feroz tronar del cañón.

¡A las armas! ¡El sol de la patria
no vea más nuestra triste vergüenza!
¡Es preciso que México venza,
y en el nombre de Dios, vencerá!
¡Al cadalso, a la tumba, al oprobio
rodarán el monarca y vasallos...
Y sus cascos pondrán los caballos
en la sacra corona imperial!
¡No tenemos más rey que las leyes,
no tenemos los libres señor,
ni aquí tienen más tronos los reyes
que el cadalso sin gloria ni honor!

CINCO DE MAYO

(fragmento)

Manuel Acuña

Tres eran, mas la Inglaterra
volvió a lanzarse a las olas,
y las naves españolas
tomaron rumbo a su tierra.
Sólo Francia gritó: "¡Guerra!"
soñando ¡oh patria! en vencerte,
sirviéndose en su provecho
se alzó erigiendo en derecho
el derecho del más fuerte.

Sin ver que en lid tan sangrienta
tu brazo era más pequeño,
la lid encarnó en su empeño
la redención de tu afrenta.
Brotó en luz amarillenta
la llama de sus cañones,
y el mundo vio a tus legiones
entrar al combate rudo,
llevando por sólo escudo
su escudo de corazones.

Y entonces fue cuando al grito
lanzado por tu denuedo,
tembló la Francia de miedo
comprendiendo su delito.
Cuando a tu aliento infinito
se oyó la palabra sea,

y cuando al ver la pelea
terrible y desesperada
se alzó en tu mano la espada
y en tu conciencia la idea.

Desde que ardió en el oriente
la luz de ese sol eterno
cuyo rayo puro y tierno
viene a besarte la frente,
tu bandera independiente,
flotaba ya en las montañas,
mientras las huestes extrañas
alzaban la suya airosa,
que se agitaba orgullosa
del brillo de las hazañas.

Y llegó la hora y el cielo
nublado y oscurecido
desapareció escondido
como en los pliegues de un velo.
La muerte tendió su vuelo
sobre la espantada tierra
y entre el francés que se aterra
y el mexicano iracundo,
se alzó estremeciendo al mundo
tu inmenso grito de guerra.
Y allí el francés, el primero
de los soldados del orbe,
el que en sus glorias absorbe
todas las del mundo entero,
tres veces pálido y fiero
se vio a correr obligado,
frente al pueblo denodado
que para salvar tu nombre
te dio un soldado en cada hombre

¡y un héroe en cada soldado!

¡Sí, patria! desde ese día
tú no eres ya para el mundo
lo que en su desdén profundo
la Europa se suponía,
desde entonces, patria mía,
has entrado a una nueva era,
la era noble y duradera
de la gloria y del progreso,
que bajan hoy, como un beso
de amor, sobre tu bandera.

Sobre esa insignia bendita
que hoy viene a cubrir de flores
la gente que en sus amores
en torno suyo se agita,
la que en la dicha infinita
con que en tu suelo la clava, te jura animosa y brava,
como ante el francés un día,
morir por ti, patria mía,
primero que verte esclava.

LEYENDA DE LOS VOLCANES

(fragmento)

Rafael López

Ahí están; cual invencibles torres de Dios; con herrumbres
De cien siglos y despojos de cien razas... sus pilares,
sosteniendo de los cielos las espléndidas techumbres
lanzan al azul los duros capiteles de sus cumbres,
calcinadas por el fuego de las púrpuras solares.

Ahí están las bravas cumbres, de los astros fronterizas
de gloriosas tradiciones y episodios mil, cubiertas;
y cargando las mortajas de las nieves invernizas,
como dos blancos patriarcas que conservan las cenizas
levantadas en el viejo polvo de las razas muertas.

Por encima de la noche, su gigante flecha lanza
el triunfal Popocatépetl en su ascensión
y espejismo de oro sueñan en 1a alegre lontananza.
Tal se eleva de la angustia más profunda, la esperanza,
y la vida se decora con mirajes de ilusión.

Ellos saben los tormentos de las razas ya vencidas
que formaron a la sombra de su mole colosal,
un imperio con florestas por jardines, cual los drúidas
cuando vieron las dos alas de aquella águila, tendidas,
recogerse en las ríscas esmeraldas de un nopal.¹⁸

¿Qué feroz Huitzilopochtli, que Ahuitzol de mano aviesa,
sobre el Ixtaccíhuatl tendió pálida y sin vida,
a la virgen ignorada que en sus hielos quedó presa?...
¿No será el trágico símbolo de una raza, la princesa
que insepulta entre sus ríscos para siempre está dormida?...

En sus torres asomados los eternos centinelas,
cuando los conquistadores espantaron el quetzal

y con mágicos alisios en las almas y en las velas
acercaron a estas playas sus audaces carabelas,
vieron redondearse el Globo con el mundo occidental.

En un golpe de tormenta que dejó rotas sus brumas
-oponiéndose a los hombres rubios, vástagos del sol-
contemplaron a Cuauhtémoc más valiente que los pumas,
al terrible Sagitario del salvaje airón de plumas.
que tronaban sus torrentes con su ronco caracol.

Cuando como un sudario la silente luna empina
sobre el pálido Ixtaccíhuatl su azufrosa calavera,
pasa en una visión trágica Moctezuma Ilhuicamina,
arrastrando el vano espectro de la infiel doña Marina
por las sierpes de Medusa de su indiana cabellera.

En aquella alba de gloria de infinitas claridades
que una noche de tres siglos derrumbó con sus fulgores,
los volcanes advirtieron en sus mudas soledades
ascender hasta sus cumbres, las nacientes libertades
que arrojó a todos los vientos la campana de Dolores.¹⁹

El orgullo de su frente cristaliza los anhelos
y los triunfos de los héroes victoriosos; a ellas sube
por el gran vapor de lágrimas de la Patria envuelta en duelos,
la esperanza en un Hidalgo, la epopeya de un Morelos:
un fanal en un eclipse y un bridón sobre una nube.

Almas, si queréis gloriosas palmas, sed como volcanes:
conservad, vivos, los fuegos de las esperanzas buenas,
y alegremente encaradas a borrasca y huracanes,
surgiréis más luminosas de los múltiples afanes
cual las esplendentes cumbres en los vértigos serena...

Aquí están inconmutables. Torres de Dios. Soberanos.

Í

Índice de tradiciones, de leyendas cementerios.
Arrecifes de las luchas y el afán de los humanos,

en sus cúspides se rompen los bullicios ciudadanos
y sus pórfidos son lápidas de ciudades y de imperios.

Ahí están; y en la grandeza de su triunfo solitario,
en la paz y en el silencio de su augusta eternidad...
ven que en un cuadrante insólito, un gran sol extraordinario
marca la hora memorable que da vida a un centenario
la hora santa, la hora inmensa, la hora de la libertad...